

CAPITULO XXV.

CUÁNTO DOMINIO TIENE LA FORTUNA EN LAS COSAS
HUMANAS, Y DE QUÉ MODO PODEMOS RESIS-
TIRLE CUANDO ES CONTRARIA.

No se me oculta que muchos creyeron y creen que la fortuna, es decir, Dios, gobierna de tal modo las cosas de este mundo, que los hombres, con su prudencia no pueden corregir lo que ellas tienen de adverso, y aunque no hay remedio ninguno que oponerles (1). Con arreglo á esto podrían juzgar que es en balde fatigarse mucho en semejantes ocasiones, y que conviene dejarse gobernar entonces por la suerte (a). Esta opinión no está acreditada

[1] Sistema de los perezosos, ó débiles. Con ingenio y actividad, domina uno sobre la más adversa fortuna. E.

a. Tácito trae un bello ejemplo de ello hablando de Claudio, al que la fortuna destinaba al imperio mientras que los romanos se hallaban bien distantes de pensar en él: "Mihi quantó plura recentium. seu veterum revolve, tantó magis ludibria rerum mortalium cunctis in negotiis adversantur, quippé fammá, spe, venerutione potiús omnes destinabantur imperio, quám quem futurum principem fortuna in occulto tenebat." Ann. 3.

en nuestro tiempo, á causa de las grandes mudanzas que, fuera de toda conjetura humana, se vieron y se ven cada día (2). Reflexionándolo yo mismo, de cuando en cuando, me incliné en cierto modo hacia esta opinión; sin embargo, no estando anonado nuestro libre albedrío, juzgo que puede ser verdad que la fortuna sea el árbitro de la mitad de nuestras acciones; pero también que es cierto que ella nos deja gobernar la otra, ó á lo menos siempre algunas partes (3). La comparo con un río fatal que, cuando se embravece (4), inunda las llanuras, echa á tierra los árboles y edificios, quita el terreno de un paraje para llevarle á otro. Cada uno huye á la vista de él, todos ceden á su furia sin poder resistirle. Y sin embargo, por más formidable que sea su naturaleza, no por ello sucede menos que los hombres, cuando están serenos los temporales, pueden tomar precauciones contra semejante río, haciendo diques y explananas (5); de modo que cuando él crece de nuevo, está forzado á correr

(2) ¿Las había visto él más numerosas y mayores que las que engendré yo, y que puedo producir todavía? E.

(3) San Agustín no discurrió mejor sobre el libre albedrío. El mío ha domado la Europa y la naturaleza. R. I.

(4) Esta fortuna es la mía: soy yo mismo. R. I.

(5) No les dejó lugar mi facilidad para ello. R. I.

por un canal, ó que á lo menos su fogosidad no sea tan licenciosa ni perjudicial (6).

Sucede lo mismo con respecto á la fortuna (7): no ostenta ella su dominio mas que cuando encuentra una alma y virtud preparadas [8]; porque cuando las encuentra tales, vuelve su violencia hacia la parte en que sabe que no hay diques, ni otras defensas capaces de mantenerla.

Si consideramos la Italia que es el teatro de estas revoluciones y el receptáculo que les da impulso, veremos que es una campiña sin diques ni otra defensa ninguna. Si hubiera estado preservada con la conducente virtud (9), como lo están la Alemania, España y Francia, la inundación de las tropas extranjeras que ella sufrió no hubiera ocasionado las grandes mudanzas que experimentó [10], ó ni aun hubiera venido [11]. Baste esta reflexión para lo concerniente á la necesidad de oponerse á la fortuna en general [12].

(6) Mi fortuna no es la que puede reducirse así. R. I.

(7) Como sería la de mis enemigos. R. I.

(8) Ella me hallará siempre dispuesto á abrumentarla con el peso de la mía. R. I.

(9) Ella lo será. G.

(10) Ella verá otras muchas. G.

(11) ¡Si nos vieras en ella hoy día, y conocieras mis planes! G.

(12) A pesar de tu discreción te he adivinado, y me aprovecharé de ello. G.

Restringiéndome más á varios casos particulares, digo que se ve á un cierto príncipe que prosperaba ayer, caer hoy, sin que se le haya visto de modo ninguno mudar de genio ni propiedades [13]. Esto dimana, en mi creencia, de las causas que he explanado antes con harta extensión, cuando he dicho que el príncipe que no se apoya mas que en la fortuna, cae según que ella varía [14]. Creo también que es dichoso aquel cuyo modo de proceder se halla en armonía con la calidad de las circunstancias; y que no puede menos de ser desgraciado aquel cuya conducta está en discordancia con los tiempos [15]. Se ve en efecto que los hombres, en las acciones que los conducen al fin que cada uno de ellos se propone, proceden diversamente, el uno con circunspección, el otro con impetuosidad; éste con violencia, aquel con maña; el uno con paciencia, y el otro con una contraria disposición; y cada uno sin embargo, por estos medios diversos, puede conseguirlo (16). Se ve también que

[13] Tristes formalistas. R. I.

[14] Es menester saber seguirla en sus variaciones sin apoyarse nunca enteramente sobre ella, al mismo tiempo de aparentar estar seguro de sus favores. R. C.

[15] La benignidad no estuvo nunca más en discordancia con su situación. E.

[16] Cuando él no obra intempestivamente, siguiendo siempre su natural. R. C.

de dos hombres moderados; el uno logra su fin, y el otro no; que por otra parte, otros dos, uno de los cuales es violento y el otro moderado, tienen igualmente acierto con dos expedientes diferentes, análogos á la diversidad de su respectivo genio. Lo cual no dimana de otra cosa mas que de la calidad de los tiempos que concuerdan ó no con su modo de obrar [17]. De ello resulta lo que he dicho; es, á saber, que obrando diversamente dos hombres, logran un mismo efecto; y que, otros dos que obran del mismo modo, el uno consigue su fin y el otro no lo logra. De esto depende también la variación de su felicidad; porque si, para el que se conduce con moderación y paciencia, los tiempos y cosas se vuelven de modo que su gobierno sea bueno, prospera él; pero si varían los tiempos y cosas, obra su ruina; porque no muda de modo de proceder [b].

[17] El variar según la necesidad de las circunstancias, sin perder uno nada de su vigor, es lo que hay de más difícil, y que más exige una grande entereza. Dentro de poco se verá la excelencia y flexibilidad de la mía. E.

b. "Pedro Soderín, dice en otro lugar Maquiavelo (*Disc.*, 1. 3, cs. 3 y 9), procedía en todo con dulzura y paciencia; su patria y él lo pasaban bien con ello mientras que este modo de proceder era bueno para las circunstancias; pero cuando llegó el tiempo de obrar con vigor, no pudo él resolverse á ello; de lo cual resultó su ruina y la de su patria. Si Soderín hubiera querido hacer uso de toda la autoridad que su dignidad de Gonfalonier le daba, hubiera podido arruinar el reciente poder de los Médicis, y por consiguiente mantener Florencia en República."

Però no hay hombre ninguno, por más dotado de prudencia que esté, que sepa concordar bien sus procederes con los tiempos, sea porque no le es posible desviarse de la propensión á que su naturaleza le inclina [18], sea también porque habiendo prosperado siempre caminando por una senda no puede persuadirse de que obrará bien en desviarse de ella [19]. Cuando ha llegado, para el hombre moderado, el tiempo de obrar con impetuosidad, no sabe él hacerlo [20]; y resulta de ello ruina. Si él mudara de naturaleza con los tiempos y cosas (21), no se mudaría su fortuna (c).

El Papa Júlio II procedió con impetuosidad en todas sus acciones (22); y halló los tiempos y cosas tan conformes con su modo de obrar, que logró

[18] Es difícil, pero lo conseguiré. E.

[19] El ser uno bueno reinando, porque lo era antes de reinar, y para reinar, es el sistema más ruinoso. E.

[20] Espero esto con la más perfecta confianza: es indefectible. E.

[21] Imposible, y de toda imposibilidad. E.

[22] No hay ya muy dichosamente para mí, Papas como éste que echó en el Tíber las llaves de San Pedro, para no servirse mas que de la espada de San Pablo. G.

c. "Lo que hace que la fortuna abandone á un Príncipe, dice también Maquiavelo [*Disc.*, 1. 3, c. 9], es que ella muda los tiempos, y que el Príncipe no muda entonces su modo y disposiciones." Acusaban de voluble á un Rey de Esparta que poseía el arte de obrar con arreglo á las circunstancias: "No mudo yo, re-

acertar siempre. Considérese la primera empresa que él hizo contra Bolonia, en vida todavía de Mossen Juan Ventivoglio: la verán los venecianos con disgusto; y el Rey de España como también el de Francia, estaban deliberando todavía sobre lo que harían en esta ocurrencia, cuando Julio, con su valentía é impetuosidad, fué él mismo en persona á esta expedición (23). Este paso dejó suspensos é inmóviles á la España y venecianos (24): á estos por miedo y á aquellos por la gana de recuperar el reino de Nápoles. Por otra parte, atrajo á su partido al Rey de Francia que, habiéndole visto en movimiento, y deseando que él se le uniese para abatir á los venecianos (25), juzgó que no podría negarle sus tropas sin hacerle una ofensa formal. Así pues, Julio, con la impetuosidad de su paso,

[23] He seguido esta táctica; no como él, por una maquina propensión, sino por cálculo, y oportunamente siempre. R. I.

(24) Si después de mi regreso piensan los aliados en tomar de nuevo las armas, convendrá que yo produzca entre ellos el mismo efecto.

(25) Imaginar entonces alguna cosa semejante con respecto á los aliados, según el curso de su política. E.

puso, sino las cosas;" de lo que es menester concluir, según el sentir de Tácito, que es preciso acomodarse á los tiempos; ser dulce ó severo según que esto convenga: *Morem accommodari, prout conducatur* [Ann. 12].—*Remissum aliquid et mitigatum, quia expedierit* [Ann. 3].

tuvo acierto en una empresa que otro Pontífice, con toda la prudencia humana, no hubiera podido dirigir nunca (26). Si, para partir de Roma, hubiera aguardado hasta haber fijado sus determinaciones, y ordenado todo lo necesario, como lo hubiera hecho cualquier otro Papa (27), no hubiera tenido jamás un feliz éxito, porque el Rey de Francia le hubiera alegado mil disculpas, y los otros le hubieran infundido mil nuevos temores (28). Me abstengo de examinar las demás acciones suyas, las cuales todas son de esta especie, y se coronaron con el triunfo. La brevedad de su pontificado (29) no le dejó lugar para experimentar lo contrario, que sin duda le hubiera acaecido: porque si hubieran convenido proceder con circunspección, él mismo hubiera formado su ruina, porque no se hubiera apartado nunca de aquella atropellada conducta á que su genio le inclinaba [30].

(26) Son necesarias á menudo algunas imprudencias; pero conviene que estén calculadas. E.

(27) ¡Cuántos reyes, aun no sacerdotes, obran con esta lenta y necia prudencia! E.

(28) Si no evito todo esto, consiento en que me juzguen indigno de reinar. E.

(29) Sin embargo, es prodigioso seguir, por diez años, con acierto, el mismo método. Maquiavelo hubiera debido decir que Julio sabía distraer, con tratados de paz, á la potencia que él quería sorprender. R. C.

(30) Cuando uno salió bien siempre con esta conducta,

Concluyo pues que, si la fortuna varía, y que los príncipes permanecen obstinados en su modo natural de obrar, serán felices, á la verdad, mientras que semejante conducta vaya acorde con la fortuna; pero serán desgraciados, desde que sus habituales procederés se hallan discordantes con ella. Pesándolo todo bien, sin embargo, creo juzgar sanamente diciendo que vale más ser impetuoso que circunspecto (31), porque la fortuna es mujer, y es necesario, por esto mismo, cuando queremos tenerla sumisa, zurrarla y zaherirla. Se ve, en efecto, que se deja vencer más bien de los que le tratan así, que de los que proceden tibiamente con ella. Por otra parte, como mujer, es amiga siempre de los jóvenes [32], porque son menos circunspectos, más iracundos y le mandan con más atrevimiento (*d*).

y que ella es conforme con nuestro genio, tiene, á mi parecer, hartos buenos motivos para continuar mezclándole, sin embargo, algo de hipócrita moderación diplomática. R. I.

(31) Bien visto: las reiteradas experiencias que hice de ello, no permiten ya la menor hesitación sobre este particular. E.

(32) ¡Me lo probó ella tantas veces! pero, si yo fuera menos joven, no contaría ya con sus favores. Apresurémonos: en la concurrencia, no puede decidirse ella mas que por mí. E.

d. La fortuna era llamada por Anibal, *Madrastra de la prudencia*.

CAPITULO XXVI

EXHORTACIÓN Á LIBRAR LA ITALIA DE LOS BÁR-
BAROS [1]

Después de haber meditado sobre cuantas cosas acaban de exponerse, me he preguntado á mí mismo si, ahora en Italia, hay circunstancias tales que un Príncipe nuevo pueda adquirir en ella más gloria, y si se halla en la misma cuanto es menester para proporcionar al que la Naturaleza hubiera dotado de un gran valor, y de una prudencia nada común, la ocasión de introducir aquí una nueva forma que, honrándole á él mismo, hiciera la felicidad de todos los italianos (2). La conclusión de mis

(1) Maquiavelo hablaba como romano, y tenía él siempre en su mira á los franceses. Los Bárbaros por el contrario, que es menester que yo eche con ellos de Italia, son las casas de Austria, España, Papa, etc. G.

(2) Magnífico plan cuya ejecución me estaba reservada. Empezando con unos italianos afeminados como ellos lo están al presente, no me hubiera sido posible hacerlo; pero italiano yo mismo puedo hacerlo con los franceses, de quienes los italianos aprenderán bajo mis órdenes á sustituirlos después en los actos de valor marcial. G.

reflexiones sobre esta materia, es que tantas cosas me parecen concurrir en Italia al beneficio de un Príncipe nuevo, que no sé si habrá nunca un tiempo más proporcionado para esta empresa (3).

Si, como lo he dicho, era necesario que el pueblo de Israel estuviera esclavo en Egipto, para que el valor de Moisés tuviera la ocasión de manifestarse; que los persas se viesan oprimidos por los medos, para que conociéramos la grandeza de Ciro; que los atenienses estuviesen dispersos, para que Teseo pudiera dar á conocer su superioridad: del mismo modo, para que estuviéramos hoy día en el caso de apreciar todo el valor de una alma italiana, era menester que la Italia se hallara traída al miserable punto en que está ahora; que ella fuera más esclava que lo eran los hebreos, más sujeta que los persas, más dispersa que los atenienses. Era menester que, sin jefe ni estatutos, hubiera sido vencida, despojada, despedazada, conquistada y asolada; en una palabra, que ella hubiera padecido ruinas de todas las especies (4).

(3) El tiempo presente es ciertamente mucho más propicio, supuesto que el rechazo de la revolución francesa en Italia ha producido ya en ella una conmoción de trastorno político y la fermentación de los espíritus. G.

(4) Ponerla en la misma situación para restablecerla después bajo un cetyo únicó. G.

Aunque en los tiempos corridos hasta este día, se haya echado de ver en éste ó aquel hombre algún indicio de inspiración que podía hacerle creer destinado por Dios para la redención de la Italia (5), se vió sin embargo después que le reprochaba en sus más sublimes acciones la fortuna, de modo que permaneciendo sin vida la Italia, aguarda todavía á un salvador que la cure de sus heridas, ponga fin á los destrozos y saqueos de la Lombardia, á los pillajes y matanzas del reino de Nápoles; á un hombre, en fin, que cure á la Italia de llagas, inveteradas tanto tiempo hace (6). Vémosla rogando á Dios que le envíe alguno que le redima de las crueldades y ultrajes que le hicieron los bárbaros (7). Por más abatida que ella está, la vemos con disposiciones de seguir una bandera, si hay alguno que la enarbole y la desplegue; pero en los actuales tiempos no vemos en quién podría poner ella sus esperanzas, si no es en vuestra muy ilustre casa (8). Vuestra familia, que su valor y fortuna elevaron á los favores de Dios y de la Iglesia á la

[5] ¿Tanto como yo? no. G.

[6] Eteme aquí: pero es menester antes, para salvarla, en provecho mío, sin embargo, introducir el hierro y fuego en sus llagas. G.

[7] Con estos Bárbaros mismos oiré tus ruegos. G.

[8] Sí: si yo hubiera formado entonces parte de ella. G.

que ella dió su Príncipe (a), es la única que pueda comprender nuestra redención (9). Esto no os será muy dificultoso, si teneis presentes en el ánimo las acciones y vida de los príncipes insignes que he nombrado (10). Aunque los hombres de este temple hayan sido raros y maravillosos (11), no por ello fueron menos hombres (12); y ninguno de ellos tuvo una tan bella ocasión como la del tiempo presente. Sus empresas no fueron más justas ni fáciles que ésta; y Dios no les fué más propicio que lo es á vuestra causa. Aquí hay una sobresaliente justicia; porque una guerra es legítima por el solo hecho de ser necesaria; y las guerras son actos de humanidad, cuando no hay ya esperanzas mas que en ellas. Aquí son grandísimas las disposiciones de los pueblos; y no puede haber mucha dificultad en ello (13), cuando son grandes las disposiciones, con

[9] Empezarla, sí; consumarla, no. Incapaz de hacer más que ella hizo. G.

[10] Pero es menester ser de su fuerza para imitarlos bien. G.

(11) Lorenzo no era tal. G.

(12) Mal raciocinio, hay hombre y hombre. G.

(13) Hay alguna verdad en todo esto: pero lo que veo de más claro en todo ello, es el extremado ardor de Maquiavello para esta operación. G.

a. Juliano de Médicis, que habiendo sido elegido Papa en el año de 1513, ocupaba, dos años hacía, la Santa Sede con el nombre de León X, á quien las ciencias, letras y artes ilustraron tanto.

tal que éstas abracen algunas de las instituciones de los que os he propuesto por modelos.

Prescindiendo de estos socorros, veis aquí sucesos extraordinarios y sin ejemplo, que se dirigen patentemente por Dios mismo. El mar se abrió; una nube os mostró el camino; la peña abasteció de agua; aquí ha caído del cielo el maná (14): todo concurre al acrecentamiento de vuestra grandeza; lo demás debe ser obra vuestra (15). Dios no quiere hacerlo todo, para privaros del uso de nuestro libre albedrío, y quitarnos una parte de la gloria que de ellos nos redundará (16).

No es una maravilla que hasta ahora ninguno de cuantos italianos he citado, haya sido capaz de hacer lo que puede esperarse de vuestra esclarecida casa. Si, en las numerosas revoluciones de la Italia, y en tantas maniobras guerreras, pareció siempre que se había extinguido la antigua virtud militar de los italianos, provenía esto de que sus instituciones no eran buenas, y que no había ninguno que supiera inventar otras nuevas (17). Ninguna

(14) Otros tantos milagros como se renovaron para mí, mucho más realmente que para Lorenzo de Médicis. R. C.

(15) Lo será. R. C.

(16) Se ve que Maquiavello quería tener su parte en ello; se la doy, porque él me ha servido bien. R. I.

(17) Con las mías ya tan gloriosamente experimentadas

cosa hace tanto honor á un hombre recientemente elevado, como las nuevas leyes, las nuevas instituciones imaginadas por él (18). Cuando están formadas sobre buenos fundamentos, y que tienen alguna grandeza en sí mismas, le hacen digno de respeto y admiración (19).

Ahora bien, no falta en Italia cosa ninguna de lo que es necesario para introducir en ella formas de toda especie (20). Vemos en ella un gran valor, que aun cuando carecieran de él los jefes, quedaría muy eminente en los miembros. ¡Véase cómo en los desafíos y combates de un corto número, los italianos se muestran superiores en fuerza, destreza é ingenio! (21). Si ellos no se manifiestan tales en los ejércitos, la debilidad de sus jefes es la única causa de ello; porque los que la conocen no quieren obedecer, y que cada uno cree conocerla. No hubo en efecto, hasta este día, ningún sujeto que se hiciera bastante eminente por su valor y fortuna, para que

en Francia, y que ellos tendrán, cualquiera triunfo es infalible. R. C.

(18) Mi táctica es de mi invención; y todos los potentados de la Europa se han inclinado á la vista de ella. R. I.

(19) Toda la Europa tributó este doble homenaje á las mías. R. I.

(20) Que alienta, y es mucha verdad. G.

(21) ¡Y también yo soy italiano! mis émulos no son mas que franceses. G.

los otros se sometiesen á él (22). De esto nace que, durante un tan largo transcurso de tiempo, y en un tan crecido número de guerras, hechas durante los veinte últimos años, cuando se tuvo un ejército enteramente italiano (23), se desgració él siempre, como se vió á los primeros en Faro, y sucesivamente después en Alejandría, Capua, Génova, Vaila, Bolognia y Mestri.

Si pues vuestra ilustre casa quiere imitar á los varones insignes que libraron sus provincias, es menester ante todas cosas (porque esto es el fundamento real de cada empresa), proveeros de ejércitos que sean vuestros únicamente; porque no puede tener uno soldados más fieles, verdaderos ni mejores que los suyos propios. Y aunque cada uno de ellos en particular sea bueno, todos juntos serán mejores cuando se vean mandados, honrados y mantenidos por su Príncipe (24). Conviene, pues, proporcionarse semejantes ejércitos, á fin de poder de-

(22) No estaba acordado mas que al Siglo XVIII producir á este hombre hasta entonces inhallable. G.

(23) No me servirá él bien mas que saliendo de una incorporación preliminar con el ejército francés. G.

[24] ¡Que no haré yo cuando tenga, como Príncipe particular de uno y otro, un ejército italiano con uno francés! G.

defenderse de los extranjeros con un valor enteramente italiano (25).

Aunque las infanterías suiza y española se miran como terribles, tienen sin embargo una y otra un gran defecto, á causa del cual una tercera clase de tropas podría no solamente resistirles, sino también tiene la confianza de vencerlas (26). Los españoles no pueden sostener los asaltos de la caballería; y los suizos deben tener miedo á la infantería, cuando ellos se encuentran con una que pelea con tanta obstinación como ellos. Por esto se vió y se verá por experiencia, que los españoles pueden resistir contra los esfuerzos de una caballería francesa, y que una infantería española abrumba á los suizos (27). Aunque no se ha hecho por entero la prueba de esta última verdad, se vió sin embargo algo en la batalla de Rávena (b), cuando la infantería española

[25] No habla más que de defenderse de los extranjeros; y conquistarlos también y hacerlos gobernados míos. G.

[26] Lastimoso uso que la pólvora hizo olvidar. Estos supuestos maestros del arte militar no eran mas que niños. G.

[27] Debe ser todavía lo mismo hoy día, me compondré, en su consecuencia, cuando llegue el tiempo. G.

b. Esta batalla, que se verificó el 11 de Abril de 1512, es tristemente memorable para la Francia, aunque estuvo victoriosa en ella, supuesto que perdió en esta ocasión al vencedor mismo, quiero decir, al joven Gastón de Foix, sobrino de Luis XII. No contento con haber echado el colmo á su gloria delante de Rávena,

llegó á las manos con las tropas alemanas, que observaban el mismo método que los suizos, mientras que habiendo penetrado entre las picas de los alemanes, los españoles, ágiles de cuerpo y defendidos con sus brazales, se hallaban en seguridad para sacudirlos, sin que ellos tuviesen medio de defenderse. Si no los hubiera embestido la caballería, hubieran destruido ellos á todos.

Se puede pues, después de haber reconocido el defecto de ambas infanterías, imaginar una nueva que resista á la caballería y no tenga miedo de los infantes; lo que se logrará, no de ésta ó aquella nación de combatientes, sino mudando el modo de combatir (28). Son éstas aquellas invenciones que, tanto

(28) Todo está hecho. G.

después de haber rechazado anteriormente un ejército de suizos, y echado de Bolonia al Papa pasando rápidamente cuatro ríos, iba persiguiendo un cuerpo de españoles que se retiraba, cuando fué muerto. Fué llevado su cuerpo á Milán, en donde le hicieron magníficas exequias; pero fué retirado de su sepulcro y ocultado en otra parte, por las afectuosas solicitudes del Cardenal de Sión, diligente en librarle de los ultrajes de los vencedores, cuando Ludovico le More vino á echar de Milán á los franceses. Habiendo ido allí en seguida Francisco I, después de la batalla de Marignano, mandó al famoso escultor milanés Agustín Bambaia, que hiciera al joven héroe un mausoleo digno de él. Pero la obra, aunque ya muy adelantada, no estaba concluida, cuando los franceses se vieron obligados de nuevo á dejar esta ciudad. Aunque este túmulo era una obra maestra, los acaecimientos que se sucedieron en Italia, y todavía más la antipatía que allí se conservaba contra los franceses, impidieron que él fuera erigido. Se quitaron sus diversas piezas de Milán por varios aficionados del arte; y ellas no se hallan ya mas que como objeto de curiosidad en algunos gabinetes y palacios de Roma, Florencia y Milán.

por su novedad como por sus beneficios, dan reputación y proporcionan grandeza á un Príncipe nuevo (29).

No es menester pues dejar pasar la ocasión del tiempo presente, sin que la Italia, después de tantos años de expectación, vea por último aparecer á su redentor (30). No puedo expresar con qué amor sería recibido en todas estas provincias que sufrieron tanto con la inundación de los extranjeros. ¡Con qué sed de venganza, con qué inalterable fidelidad, con qué piedad y lágrimas sería acogido y seguido! ¡Ah! ¿Qué puertas podrían cerrársele? ¿Qué pueblos podrían negarle la obediencia? ¿Qué celos podrían manifestarse contra él? ¿Cuál sería aquel italiano que pudiera no revenciarle como á Príncipe suyo, pues tan repugnante le es á cada uno de ellos esta bárbara dominación del extranjero? (31). Que vuestra ilustre casa abrace el proyecto de su restauración con todo el valor y confianza que las empresas legítimas infunden; últimamente, que bajo vues-

(29) Mi táctica, cuyo secreto no poseen ellos todavía, me la proporciona mucho más que Lorenzo podía lograr. G

(30) Ella le ha reconocido finalmente en mí. R. I.

(31) He visto todas estas predicciones verificadas en mi favor. Todo, hasta la ciudad eterna, se gloria de estar bajo mi imperio. R. I.

tra bandera se ennoblezca nuestra patria (32), y que bajo vuestros auspicios se verifique, finalmente, aquella predicción de Petrarca: *El valor tomará las armas contra el furor; y el combate no será largo, porque la antigua valentía no está extinguida todavía en el corazón de los italianos* (33).

FIN DEL LIBRO DEL PRÍNCIPE.

(32) Ella lo será más todavía, si puede serlo sin peligro para mí. R. I.

(33) Revive él casi enteramente, gracias á mí; pero guardémonos bien de dejarlos reunir en un solo cuerpo de nación, á no ser que yo quiera destruir á la Francia, Alemania y Europa enteras. R. I.

FIN DE LOS COMENTARIOS DE NAPOLEÓN